

Rosario, 29 de julio de 2021

A los padres y familias de nuestros alumnos

En esta carta quiero darle la palabra a una exalumna nuestra. Realizó aquí en el San José parte del Bachillerato de adultos y uno o dos cursos de formación profesional. Aunque hace tiempo que no anda por estos pasillos, mantenemos el contacto y con su permiso es que voy a compartir algunas de sus vivencias. Me llegaron por mails o audios, entre febrero y marzo pasado. Los nombres y lugares no son los reales.

No. No me enfermé de coronavirus. No me tocó eso que a tantos otros sí les tocó. Pero me enfermé, padre. De ninguna enfermedad. Pero me enfermé. ¿Vio que decimos "esto me enferma!"? Bueno. Así. En ese sentido. Me enfermó que pase lo que pasó. Me enfermó tener que encerrarnos. Me enfermó no poder hacer las cosas que siempre hice. Al principio le dije a Lea (mi hijo) que exageraba hablando de "prisión domiciliaria", pero llegó el momento en que también a mí se me agotó el buen humor, el optimismo.

Por fuera le tiraba buena onda a medio mundo. Y tuve esa misma sensación que usted puso en su carta, como que se le había terminado la nafta. No daba más. Me invadió mucha tristeza.

Esta vez quiero contarle algo que me rompió la cabeza, los esquemas. Fue la manera que tenía de relacionarme con mi familia.

El encierro en casa; la imposibilidad de visitarnos con los abuelos de los chicos; tener que volver a "negociar" con el papá de mis hijos los tiempos de ellos con cada uno de nosotros; y mil detalles más, hizo que tuviera que revisar muchas cosas, como cambiarme de lugar, como empezar a mirar de otra manera un montón de cosas.

Ante todo mi lugar de hija. Porque era como que yo en el cariño y la atención a mis padres funcionaba como en piloto automático. Tenía superclaro lo que necesitaban y lo que no. Nunca fui la hija perfecta, pero jamás los dejé de atender, de estar pendiente de ellos. Pero vino la pandemia, y tuve que aprender o aprender de nuevo a ser hija. La forma de estar con ellos, la manera de atenderlos, de decirles

que contaban conmigo, todo, todo eso tuvo que empezar a ser diferente. Me costó mucho aceptarlo. Una de las cosas que empezó a cambiar mucho fue mi manera de estar con ellos. Casi siempre, antes, estaba apurada.

Papá me tiró la pregunta: "Pero... ¿qué es lo que tanto tenés que hacer ... si no se puede hacer casi nada?". Su pregunta primero me causó risa. Pero me mató. Tenía razón. Y empecé a bajar un cambio.

Y el cambio vino también con mi ex. Que entre nosotros somos "ex de", pero bueno, nuestros hijos son nuestros hijos. Al comienzo de la cuarentena estuvimos los dos muy diplomáticos en los acuerdos para estar con los chicos. Después, por un montón de cosas, y cuando las restricciones aumentaban en lugar de bajar, empezamos a tener como antes los nervios de punta. Mucho enojo. Mucha bronca contenida. Creo que los dos encontrábamos en el otro el lugar perfecto para descargar cualquier cosa que nos molestara o enojara.

Mi hija no entiende de fútbol, pero fue como un árbitro que nos sacó la amarilla a los dos, jaja. Los dos reconocimos que teníamos que tranquilizarnos. ¿Me cree si le digo que tuvo que venir la pandemia para que con él volvámos a tomar juntos un café?. No me pregunte cómo pasó. Pero un día de repente, estábamos los dos a pocos metros del parque Urquiza (donde nos juntábamos de novios!!!) contándonos de cómo andábamos y viendo cuáles eran sí los problemas actuales de cada uno. Hablamos de cosas grossas, pero por primera vez no nos estábamos reprochando nada.

Y cerca de la fiesta de Reyes, es que tomé conciencia de que cambiaba también mi lugar como madre. O no mi lugar, sino mi mirada. Lea me comentó todo lo que conversó con usted. Y eso mismo me hizo pensar mucho a mí. La pandemia y la cuarentena las tomé como un reloj que de pronto se detuvo y la verdad que estaba yéndose un tiempo precioso que no estaba sabiendo aprovechar con mis hijos.

Con todo el amor que les tengo, lo mismo con vergüenza reconozco que vivía preocupada porque no quisieran a su papá más que a mí. Ese era mi objetivo!. Como si tuviesen que elegir entre dos bandos. Yo había organizado en mi mente una competición de la que ellos ni pensaban participar. ¡Qué liberador fue sacar esos deseos de mi corazón!... todavía siento en mi cuerpo el calor extraordinario que me invadió cuando mi hija me abrazó al enterarse de que había compartido un café con su padre.

.....



En estos pocos párrafos, comprenderán, hay una síntesis escrita pero en el fondo hay meses, varios meses, de transitar esta pandemia que a todos nos afecta y en algo nos cambió.

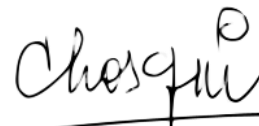
En un aspecto u otro, no somos exactamente los mismos que en marzo de 2020. Cada hogar, y cada uno/a de nosotros puede dar fe de tantas cosas que se movilizaron por dentro.

Y tantas que siguen movilizadas todavía.

Ojalá que en medio del dolor, de la limitación, aún de las pérdidas que podamos sufrir, lo mismo podamos percibir la luz y la paz que vienen de Dios. No es algo automático. Y en cualquier cambio o mejora, los otros siempre tienen su parte. Pienso por ejemplo en la pregunta de ese abuelo o en el abrazo de esa hija. Palabras o gestos que en el día a día parecen no tener peso o consecuencias. Y por el contrario... ¡qué saludable escuchar bien pero bien las preguntas que nos hacen!... ¡qué necesitados estamos del abrazo de quien nos quiere sacar el frío que a veces se apodera de nosotros!...

Mi bendición de corazón a cada uno de sus hogares.

Rezamos unos por otros. Un abrazo fuerte a sus hijos de parte de



P. Ángel Amaya SDB
Padre Director

aamaya@sanjoserosario.com.ar